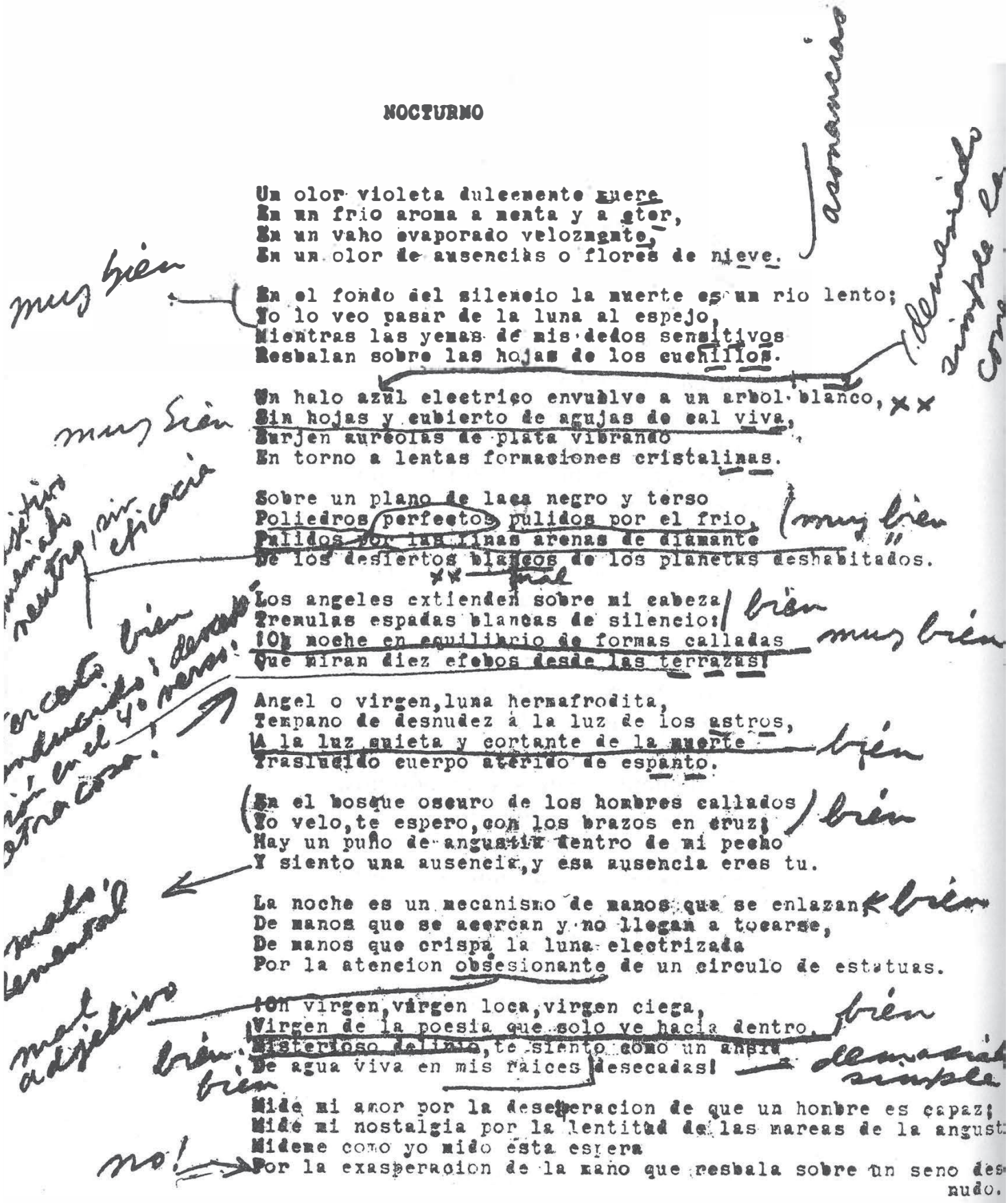
COMENTARIOS A UN POEMA



NOCTURNO

Un olor violeta dulcemente muere
En un frio aroma a menta y a éter,
En un vaho evaporado velozmente,
En un olor de ausencias o flores de nieve.

En el fondo del silencio la muerte es un rio lento;
Yo lo veo pasar de la luna al espejo,
Mientras las yemas de mis dedos sensitivos
Resbalan sobre las hojas de los cuchillos.

Un halo azul electrico envuelve a un arbol blanco,
Sin hojas y cubierto de agujas de sal viva,
Surjen aureolas de plata vibrando
En torno a lentas formaciones cristalinas.

Sobre un plano de laca negro y terso
Poliedros perfectos pulidos por el frio,
Pulidos por las finas arenas de diamante
De los desiertos blancos de los planetas deshabitados.

Los angeles extienden sobre mi cabeza
Tremulas espadas blancas de silencio:
¡Oh noche en equilibrio de formas calladas
Que miran diez efebos desde las terrazas!

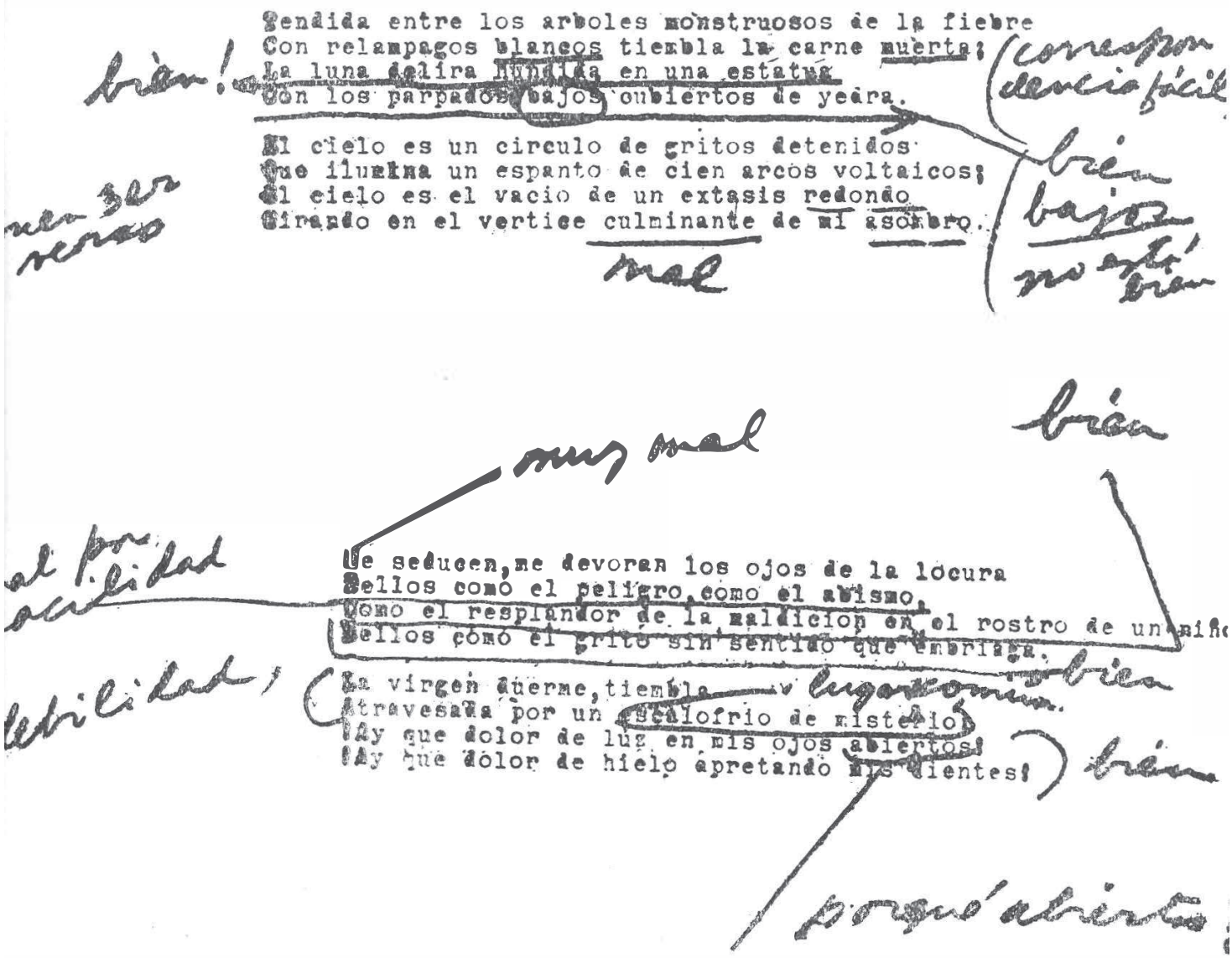
Angel o virgen, luna hermafrodita,
Tempano de desnudez a la luz de los astros,
A la luz quieta y cortante de la muerte
Traslucido cuerpo aterido de espanto.

En el bosque oscuro de los hombres callados
Yo velo, te espero, con los brazos en cruz;
Hay un puño de angustia dentro de mi pecho
Y siento una ausencia, y esa ausencia eres tu.

La noche es un mecanismo de manos que se enlazan
De manos que se acercan y no llegan a tocarse,
De manos que crispa la luna electrizada
Por la atencion obsesionante de un circulo de estatuas.

¡Oh virgen, virgen loca, virgen ciega,
Virgen de la poesia que solo ve hacia dentro,
Misterioso delirio, te siento como un ansia
De agua viva en mis raices desecadas!

Mide mi amor por la desesperacion de que un hombre es capaz;
Mide mi nostalgia por la lentitud de las mareas de la angust
Mideme como yo mido esta espera
Por la exasperacion de la mano que resbala sobre un seno des
nudo.



En 1953, Gabriel Celaya *(Rafael Múgica Celaya, como se nombraba entonces) era un poeta absolutamente inédito y desconocido a pesar de que tenía ya veinticuatro años. En la Residencia de estudiantes de Pinar ("la colina de los chopos" de J. R. J.) conoció a Federico García Lorca y, por mediación de éste, a Pablo Neruda, cuando el chileno vino a vivir a Madrid.*

En 1934-35, Celaya escribe una primera versión de su libro La soledad cerrada, *realmente cerrada, ya que no la muestra ni a sus más íntimos amigos. Sólo hace una excepción. Movido por su admiración hacia el autor de* Residencia en la tierra, *pone en manos de Neruda uno de sus poemas, pidiéndole consejo y juicio.*

Neruda toma con paciencia y generosidad al muchacho, que conocía desde mucho antes, sin sospechar que escribiera versos, y pone a ese poema, de su puño y letra, una serie de comentarios que resulta muy curioso estudiar, según se advertirá por el fragmento fotocopiado que adjuntamos.